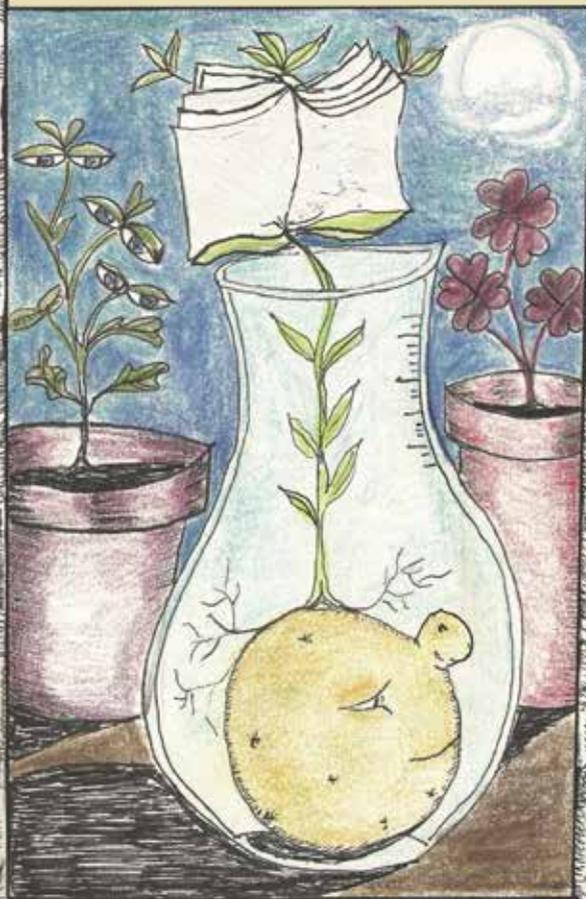
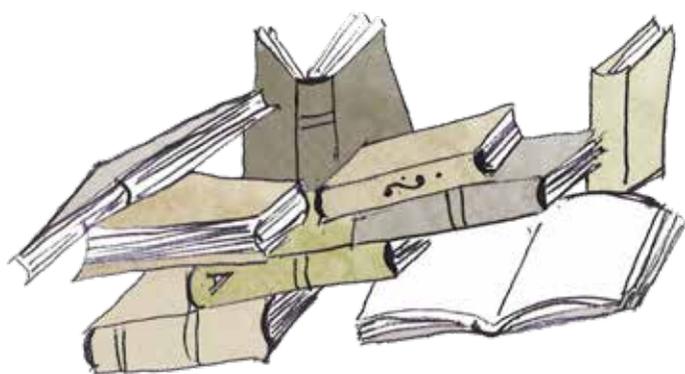


Abelardo Tuberosum

Una papa ilustrada

Ángela Aldama Sánchez



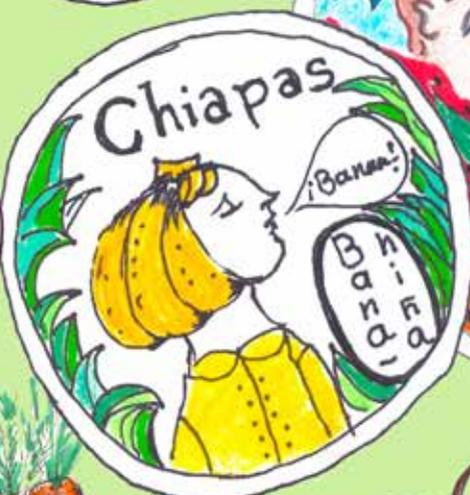
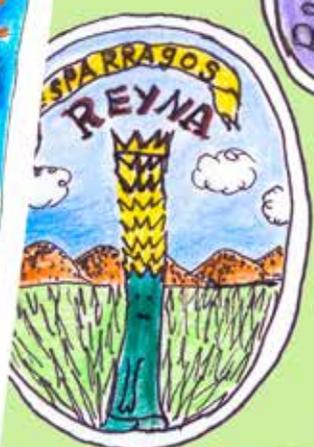




conejillo

IAS





Abelardo Tuberosum. Una papa ilustrada

Primera edición: 2020

Colección: Alas de Lagartija

Producción:
Secretaría de Cultura
Coordinación Nacional de Desarrollo
Cultural Infantil-Alas y Raíces

© Por los textos: Ángela Aldama Sánchez
© Por las ilustraciones: Ángela Aldama Sánchez
Diseño de la colección: Frida Solano Martínez

D.R. © 2020 de la presente edición:
Secretaría de Cultura / Coordinación Nacional de Desarrollo
Cultural Infantil-Alas y Raíces
Paseo de la Reforma 175, piso 5, Col. Cuauhtémoc, Alcaldía
Cuauhtémoc, C.P. 06500, Ciudad de México

www.cultura.gob.mx
www.alasyraices.gob.mx

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad de la Coordinación Nacional de Desarrollo Cultural Infantil-Alas y Raíces de la Secretaría de Cultura. Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin la previa autorización por escrito de la Secretaría de Cultura / Coordinación Nacional de Desarrollo Cultural Infantil-Alas y Raíces.

ISBN: 978-607-631-089-2

ISBN de la colección: 978-607-631-085-4

Impreso y hecho en México



CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

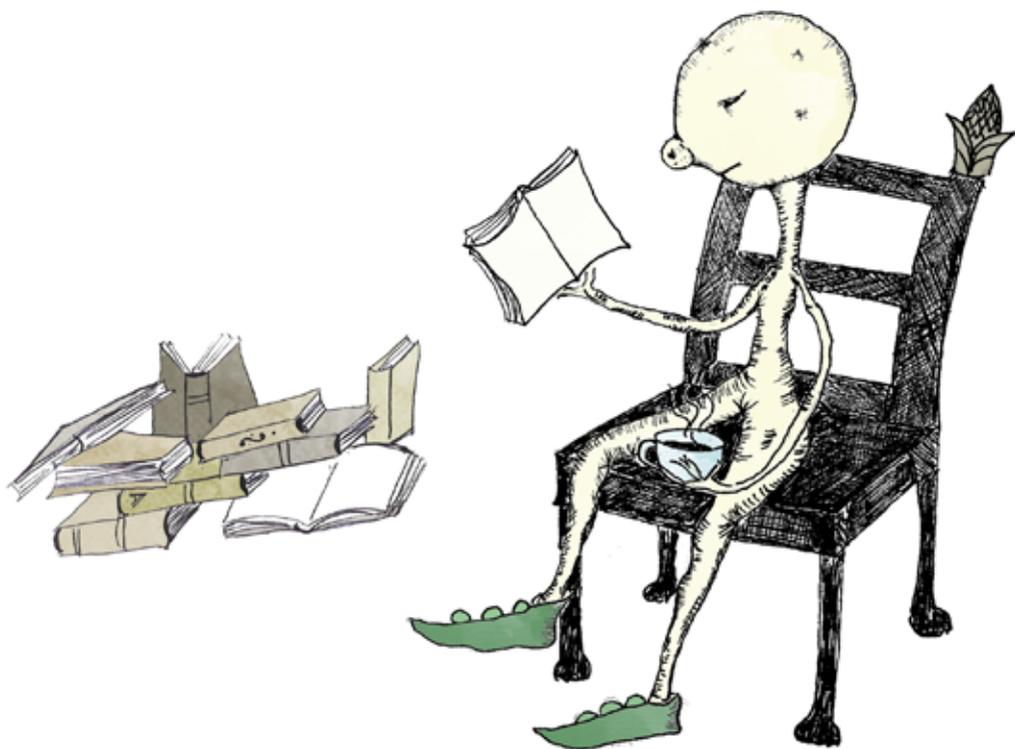
DIRECCIÓN GENERAL
VINCULACIÓN CULTURAL

alas  **raíces**

Abelardo Tuberosum

Una papa ilustrada

Escrito e ilustrado por Ángela Aldama Sánchez



A Tomás y Sabina
Mi cariño y gratitud para Fernando y Aldonza



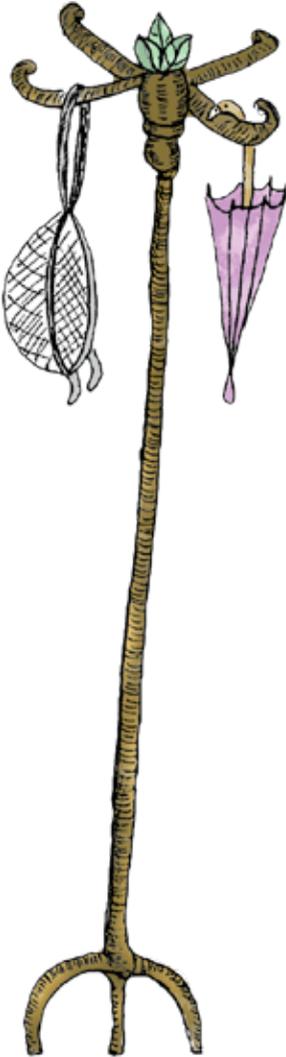


Las personas concebidas cuando la luna arrastra muchas lluvias serán atraídas por el agua; deben tener cuidado de no ahogarse. Las personas que nacen cuando la luna brilla en el ardor del verano serán atraídas fácilmente por el fuego y podrían quemarse. Los concebidos durante los días del perro serán fácilmente agredidos o mordidos por los animales.

HILDEGARD VON BINGEN



Primera Parte



Abelardo vestía una manta de lana loca tejida por una araña piadosa, desde que se había quedado sin hogar. El atuendo lo completaban un pequeño colador, que servía a la vez de sombrero y defensa contra los peligros, y unas babuchas de chícharos orientales que impedían que la humedad dañara sus deformes piececillos. Su extraña apariencia era difícil de ocultar.

¿Cómo es que se encontraba en esa miserable situación?

Las cosas pasaron así: la graciosa bolita extra que ocupaba el lugar de la nariz y aquella hendidura triste parecida a una boca llamaron poderosamente la atención del vendedor de semillas del mercado.

Después de verlo caer al suelo en el puesto de verduras que estaba enfrente del suyo, creyó escuchar un grito muy suave, casi como si cayera una bola de algodón.

El hombre reflexionó sobre lo descuidadas que son algunas amas de casa:

“Ay, ¿no conocen el dicho de tocar con los ojos y mirar con las manos?... Yo también me quejaría de tanto apachurrón.”

De pronto, un impulso inexplicable hizo que el hombre se acercara, disimuladamente, a recoger el pequeño tubérculo y lo escondiera en la bolsa de su saco. Ya en casa, lo analizó con cuidado.

—¡Qué papa tan extraña! —dijo el hombre—. Parece como si fuera a hablar.

El vendedor se llamaba Baltazar. En el mercado le decían Balta de cariño, pero a él le gustaba más el nombre de Balthuz, pues en secreto practicaba la alquimia y la botánica extrema. ¡Ése sí es un nombre de alquimista!



Creía en las propiedades mágicas de la naturaleza; buscaba con fervor la panacea y la quintaesencia, según unos libros de extraños nombres, como: *Sapientia Veterum*, *Philosophorum Desumma et Universali Medicina* o *Splendor Solis*, que le servían de guía para sus experimentos.





Regaba sus cultivos con toda clase de líquidos, incluso pipí, pero hasta el momento sólo había logrado cosechar zanahorias con brazos, jitomates sonrientes y rábanos con forma de pequeños corazones que vendía, como curiosidades de temporada, el día de los enamorados.

Por eso tuvo una intuición particular al ver al tubérculo, y mientras decidía qué hacer con él, lo puso en una maceta para que le diera el sol y un poco de aire.

Primero lo estudió desde el punto de vista botánico y esto fue lo que aprendió: la papa es de origen peruano. En el imperio de los incas era venerada por ser el fruto de la Pacha Mama o la Madre Tierra. Llegó a Europa porque los españoles se la llevaron en el siglo XVI. El consumo de los frutos, y no de



Papa Andina



Papa Europea

su raíz, a menudo terminaba en dolor de barriga, incluso en envenenamiento.

Catalina la Grande, de Rusia, ordenó por decreto imperial su siembra, pero los campesinos se comían las hojas y no los tubérculos, por lo que muchos perecieron. Esto provocó las llamadas “Rebeliones de las Papas”.

Si una papa común es un misterio, este tubérculo lo era aún más. Un científico sin escrúpulos usó esta y otras plantas para un experimento. Por su extraña protuberancia había sido desechada y devuelta a los mismos campesinos que la habían cosechado; a ellos sólo les pareció una rareza y la llevaron a vender al mercado.



Don Baltazar la colocó en un matraz y se dispuso a aplicarle lo que los alquimistas llamaban las siete parejas de operaciones para lograr la transmigración. Consultó su libro de astronomía y, cuando la Luna estuvo en cuarto menguante, dejó la papa bajo su luz por una semana.

¡Este indefenso tubérculo sí que tenía mala suerte! Lo que pasó después sorprendió hasta al mismísimo alquimista casero.

Un día al posar su mirada sobre el experimento, se encontró con un par de ojitos tristes y azorados que lo miraban.

—¡Pero qué tonto soy! —gritó de emoción—. ¡Esto no es un tubérculo, sino un homúnculo! Soy un genio, ¡faltaba solamente mi toque maestro! Tendré que ponerte un nombre, me parece que debes llamarte Abelardo (como aquel desdichado monje que se enamoró de su aprendiz Eloísa) y Tuberosum, porque creí que eras una papa. Ahora descansa... todavía tienes que desarrollarte.

Primero un tímido tronco, después unos nudosos brazos con sus manitas y dos ramas pediculadas completaron el fantástico cuerpo de Abelardo.





Nuestros deseos nos llevan a imaginar cosas descabelladas, como que nos vamos a sacar la lotería, que la profesora no llegará los lunes por la mañana o que el cabello crecerá y crecerá con ese champú que anuncia un hombre lobo...

Don Balthuz creía en verdad que Abelardo era un dichoso homúnculo, uno de esos genios creados artificialmente de los que hablaban sus mohosos libros de hechicería medieval.



El tiempo pasó y Abelardo no decía ni mú.

“Ha de ser que no me entiende. Será porque los homúnculos sólo hablan latín... Voy a conseguirme unos diccionarios, pues nada más tengo libros de hechizos que repito como loro sin saber qué significan. ¿Qué tal si en vez de genio me sale un dragón?”

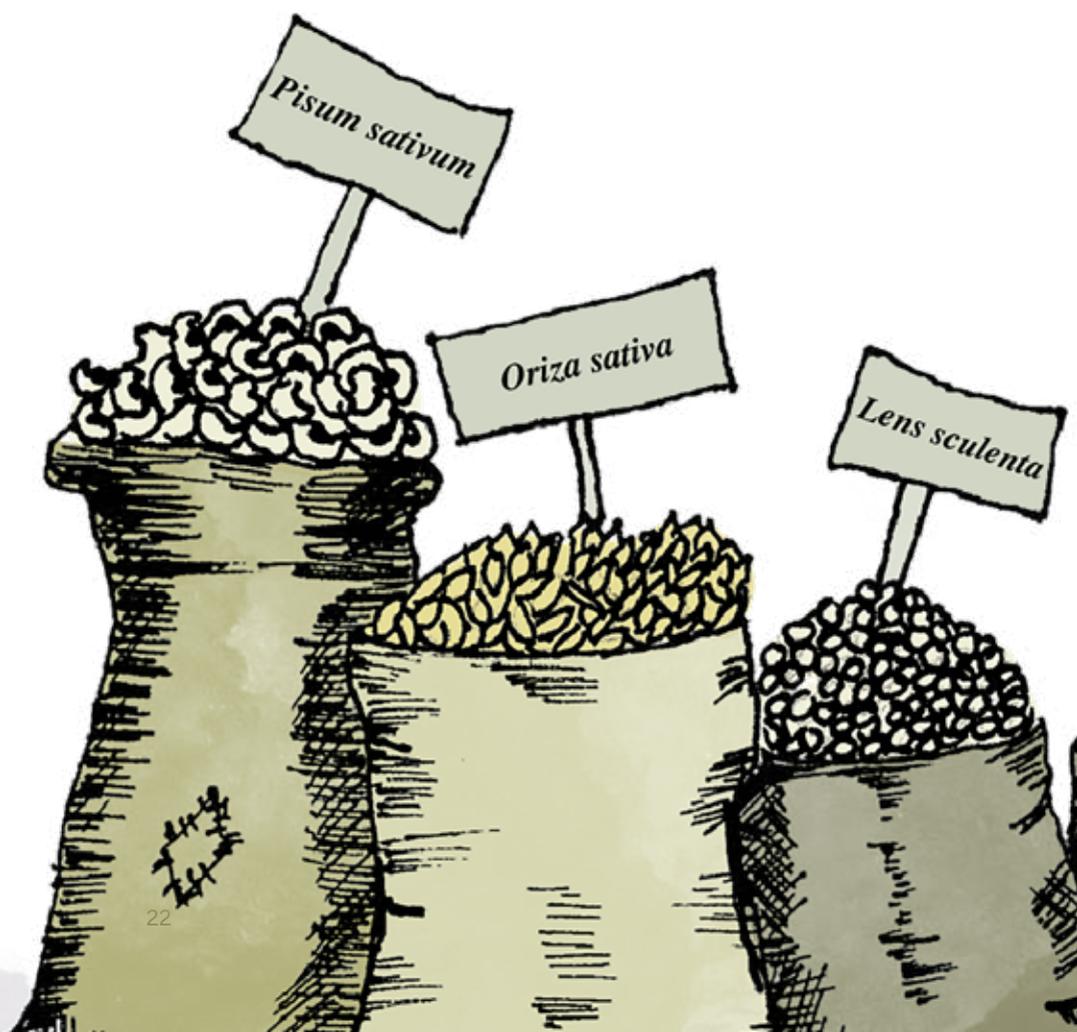
Y así fue como el locuaz señor se puso a estudiar con fervor y se volvió un latinista experto. En el mercado le encantaba presumir, sobre todo a las señoras:

—*Salve domina. Quomodo valetudo tua?* (Buenos días, señora, ¿cómo está?)

—¡Ay, Don Balta! Usted siempre tan bromista...

—*Quid tibi vis?* (¿Qué desea?)

—¿Qué tal están los frijoles?



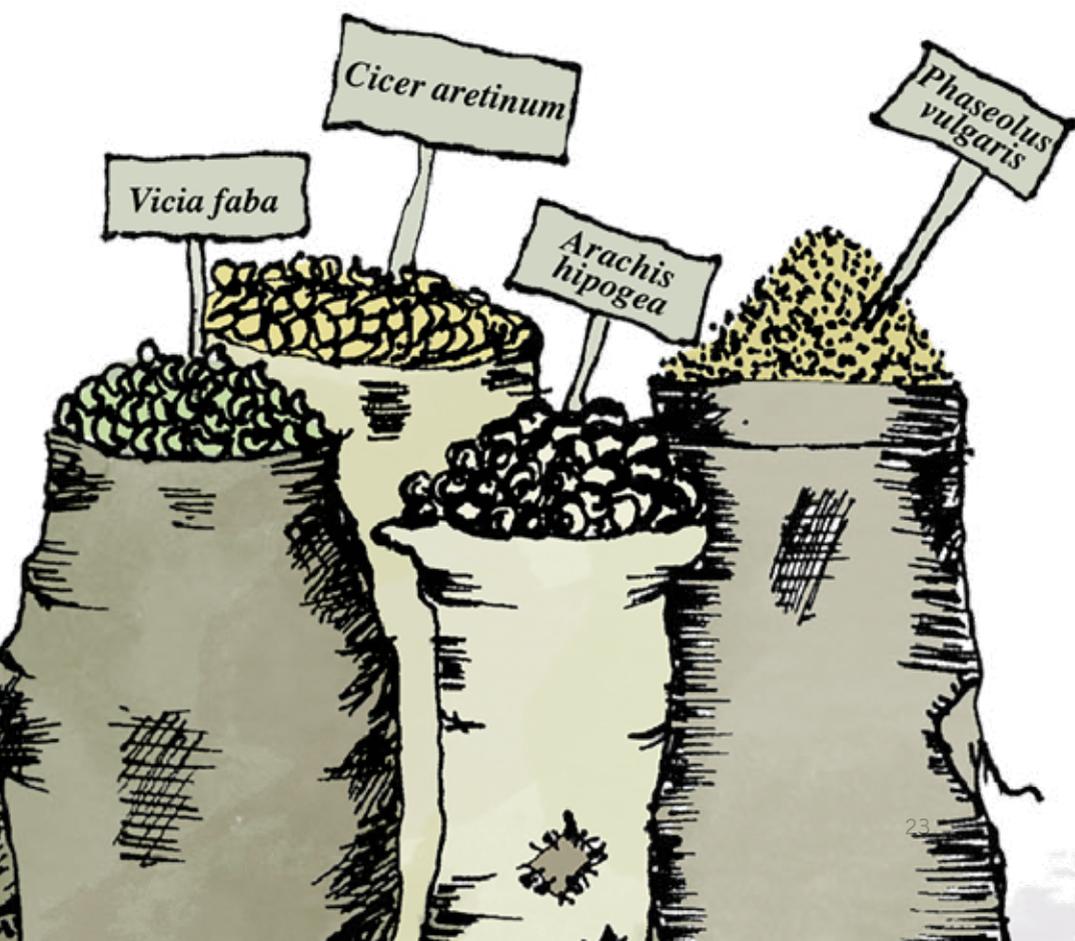
—*Fabae saporatum sunt, sed lentes optimae sunt omnia forum.* (Los frijoles están sabrosos, pero las lentejas son las mejores del mercado.)

—Pues póngame medio kilo de lentejas. Bueno, cóbrese; hasta pronto.

—*Tibi gratias ago. Vale domina pulcherrima.* (Hasta luego, hermosísima señora.)

—Eso suena raro, pero lo tomaré como un cumplido. ¡Adiós, Don Balta!

Esperaba que torturando a la papita con latinajos se pusiera a hablar con él, pero eso tampoco funcionó.



“Quizá sienta melancolía o no sepa comunicarse. Le voy a enseñar a leer y escribir. El mundo ha cambiado mucho desde la Edad Media.”

Con todo, seguía empeñado con que Abelardo era lo que no era y estaba ansioso por comenzar sus peticiones.

“Lo primero que pediré será una alfombra voladora, pues estoy harto del tráfico y supongo que es el más ecológico de los vehículos. Luego me gustaría viajar al pasado a conocer a los alquimistas y pasear por todo París, vestido con un traje de estrellas.”

Otras veces se hubiera conformado con que Abelardo le llevara el café calentito todas las mañanas a la cama y le hiciera todos los mandados. Como era un solterón, añoraba en algunas ocasiones el calor de un hogar, pero las mujeres huían de él pensando que serían utilizadas como conejillos de Indias para algún experimento. También deseaba compartir con alguien sus descubrimientos, y que lo mimaran un poco.

Mientras tanto, Abelardo sí que aprovechaba el tiempo. Aprendió a leer con mucha rapidez y leía todo lo que caía entre sus manitas, desde la etiqueta de la sopa hasta el dentífrico. Estudió toda la enciclopedia de la A a la Z. ¡El mundo era fascinante! Lo malo para él era que nada más poseía un don: la inteligencia.

Sólo era un tubérculo raro y sin ningún poder. “¿Qué va a pasarme cuando Baltazar lo descubra?”, pensó.

La impaciencia comenzó a apoderarse del tendero y no soportaba verlo repantigado leyendo sin cesar y tomando té. Lo divertido del asunto era que el hombre podía creer en homúnculos, OVNIS y horóscopos, pero no en la inteligencia de un tubérculo.



“Si este ser no es un genio, lo mejor es que lo haga puré o jugo. A lo mejor si me lo como, obtengo sus poderes. ¡No creo soportar más tiempo!”

Una mañana en que Balta despertó con un humor de perros, amenazó a Abelardo con convertirlo en papas fritas si no le cumplía al menos uno de sus deseos. Como no obtuvo respuesta y en realidad no era capaz de hacerle daño, lo echó a la calle, vilmente (y en latín):

—*Fuge Solanum Tuberosum daemonicum antequam ego te destruam!* (Huye Papa Demoníaca antes de que te destruya).

Esto no le hubiera pasado a Abelardo en el Imperio Inca. Lo cierto es que la puerta se cerró en su nariz y, al verse tan vulnerable a media calle, lo único que se le ocurrió fue regresar al mercado del barrio. Allí, entre las demás frutas y vegetales, sería más fácil permanecer inadvertido.

Esperó a que pasara una mujer con una bolsa de la compra y la siguió sigilosamente.

ONCIE

PERA





Secretum Secretorum (Secreto de los secretos)

Lo narrado hasta ahora ha sido reconstruido a partir de los escritos descubiertos en la caja donde vivió Abelardo. También se encontró un álbum de fotografías. El misterio es que ignoramos en qué circunstancia fueron tomadas y por qué razón.

¿Fue quizá Don Balta, arrepentido de maltratar a Abelardo? ¿O un fotógrafo fisgón que hacía la compra en el mercado y quedó fascinado por la papita con apariencia de fraile? No lo sabremos nunca.

Mi querida Madame Sabina (ya verán quién es) me convenció para que completara esta historia y convirtiera en una fábula la vida del buen Abelardo. Los problemas que todos los seres vivos tenemos para encontrar un lugar en este mundo y las aventuras que surgen de ello son el motor de toda buena historia.

Esta narración tiene una especial dedicatoria para todos aquellos que no gozan de buena fortuna, y para que sepan que casi todo, de alguna manera, tiene un final feliz.





Segunda Parte

Un día se encontró con un título muy interesante, *Memorias del subsuelo*. “¡Qué buen título! Seguro lo escribió alguna zanahoria o un rábano”, pensó para sí mismo. Leyó el libro con gran interés, y aunque no trataba de ningún tubérculo como él, le gustó de todas formas.

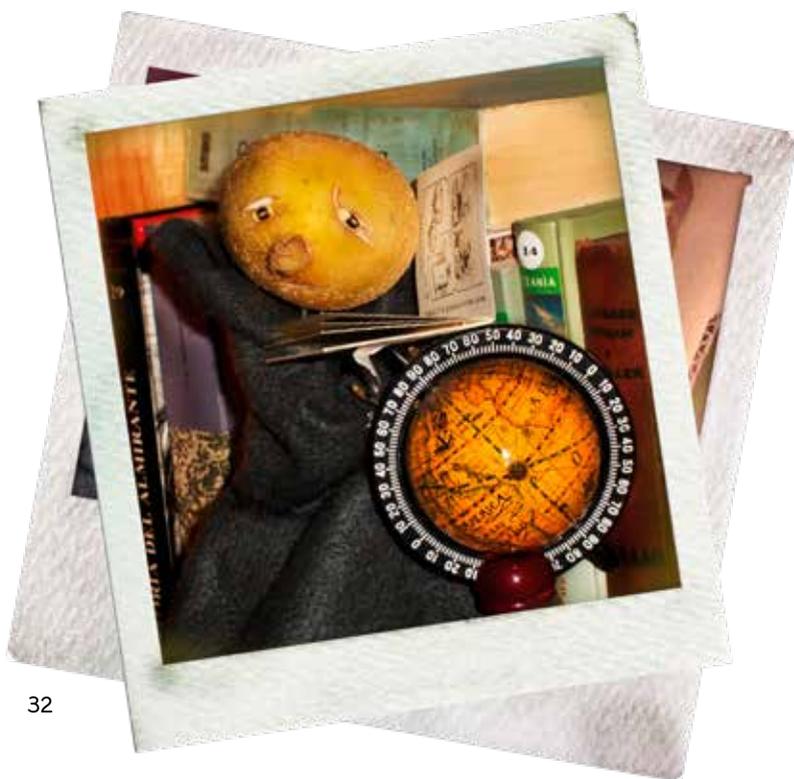
No le importaba correr peligros para seguir buscando los libros que le interesaban. Muchas veces se vio acorralado por alguna rata o algún perro inoportunos, y usaba su colador para defenderse, pero lo que de verdad le daba escalofríos eran los carritos de papas fritas.

“No puedo acabar en una cacerola, chamuscado. ¡No hasta saber más de la vida!”

Cierta vez se acordó de que Don Balthuz nunca le contó la historia del monje medieval llamado como él, Abelardo, y se dio a la tarea de buscarla. La Historia Calamitatum y las cartas que se escribieron Abelardo y Eloísa lo dejaron muy afligido y confundido.

A pesar de que no conocía el hambre, pues le bastaba con un puñito de tierra todos los días y un poco de agua o té para sobrevivir, y si se sentía cansado podía dormir cuanto quisiera ya que no lo regía ningún horario ni sufría penas (sólo la que cargaba desde que Don Baltazar lo corriera de su casa), sintió el deseo de conocer las emociones humanas por sí mismo.

“¿Será que me voy a secar sin haber conocido el amor?”, pensaba al notar que cada día se arrugaba un poco más. Una inmensa añoranza de algo que no conocía se apoderó de él. “¿Cuál será este misterio?”



Empezó, entonces, a escribir sobre lo que pensaba, pues para ser un buen escritor no hace falta más que una imaginación despierta, y ser una papa que vive en una caja no es obstáculo.

Una gran mente vibraba detrás de ese rostro papil. Muchas noches se daba una vuelta por los puestos de frutas y verduras, para admirar sus colores y buscar inspiración.

“¡Qué hermosas son! Cualquier artista querría pintarlas. ¡Lástima que terminarán en un puchero!”

Intentó muchas veces entablar conversación con algunas de ellas. Las coliflores parecían muy cerebrales:

—¿Qué tal, Señor Coliflor? ¿Podría hablarme un poquito de la Teoría de la Relatividad? (*Silencio*). No me ha quedado muy claro el asunto (*Silencio*).

Le gustaba mucho la elegancia de las berenjenas, parecían músicos de orquesta.

—De seguro, señorita, usted es una intérprete magnífica. ¿Sabía que el apellido Beethoven quiere decir “campo de remolachas”? (*Silencio y sólo el run run de hojas frescas. Las apariencias son sumamente engañosas.*)

Un día, enloquecido de soledad, se quedó prendado de una betabel.

—Bellísima Betabela, ¡háblame, abre los ojos! Te leeré hermosos poemas, teregaré todos los días, ¡contéstame!

Pero la desdenosa y robusta hermosura a lo más que llegó fue a sonrojarse con cada palabra. Siguió insistiendo, a ver si la conmovía o se animaba con tantas lindas palabras.

Es una suerte que nadie lo escuchara, pues todos sabemos que esto hubiera sido muy bochornoso para Abelardo. Los que le han declarado su amor a alguien y no han sido correspondidos, saben de lo que hablo.

HOY NO FIO
Mañana \$ 30⁰⁰
SI



Un día, la Betabela desapareció (seguramente rumbo a una ensalada). “A veces, la vida es muy cruel...”, escribió Abelardo después de esta mala experiencia. “... estoy decepcionado... sólo tengo a Mino para compartir mis pensamientos”.

Por las noches, mirando las estrellas, imaginaba que alguien como él, con su misma soledad e igual destino, estaba invocándolo. “Alguien quizás en algún lugar me está soñando, y al mirar la Luna se pregunta si existo”.

La palabra “esperanza” bailaba dentro de su corazón vegetal. Los días pasaban, uno igual al otro, y los paseos que daba la papita eran cada vez más tristes. Durante uno de estos paseos, halló una casa con un jardín lleno de sombreadas macetas. Al parecer su habitante era miope, puesto que dejaba que las plantas se enmarañaran a placer sin apenas molestarlas.

Ahí empezó a acudir todas las tardes a disfrutar de la sombra y la paz, con su libro bajo el brazo y el pequeño Mino. Casi siempre el gato se sentaba junto a él, pero una tarde se alejó de su lado para inspeccionar el lugar.

Ya casi a la hora de regresar a casa, vio que Mino no volvía, y al ir a buscarlo se encontró con la maravillosa visión de una tubérculo ataviada con una graciosa pañoleta de papel de pera, leyendo muy concentrada.

Abelardo cerró sus ojitos, pensando que era producto de una insolación, pero no. Ahí estaba ella, haciendo realidad todas sus fantasías y anhelos, como hecha por encargo al Hada Azul de Pinocho.

—¡Mi Eloísa, mi igual!

Ella elevó sus ojos del libro, y se quedó azorada y temblorosa, pero lo saludó:

—Buenas tardes, parece que el Sol nos sonríe y toda la naturaleza levanta su cabeza al calor de la vida.



“¡Qué bien habla!” pensó Abelardo, “qué solanácea tan inteligente”. Y le contestó:

—Todos los astros brillan por tus ojos y tu voz. ¿Cuál es tu nombre, raíz del amor?

—Soy Luisa Parisina y vivo con la anciana francesa dueña de esta casa, Madame Sabina, quien me cuida con amor desde que me salvó de ser mordida por un perro insolente. Es una buena mujer, lo más semejante a una madre. ¿Y a usted qué le trae por aquí a este pedazo de paraíso?

“No es Eloísa, pero se le parece mucho”, se dijo.

—Soy Abelardo Tuberosum y es un placer conocerte. ¿Quieres ser mi compañera? Sabes que nuestra vida es corta y, por lo tanto, debe ser intensa.

“Audaz y directo, eso me gusta”, palpó Luisa en su interior y no pudo ni trató de disimular un brote que emergió de tanta emoción.

—Vamos con Madame Sabina para que te conozca y prepare mi maleta.

Y así pasó, pero tuvieron que prometer ir de visita lo más seguido posible, pues la mujer estaba muy encariñada con Luisa.

—*Au revoir, mes petits* (hasta luego, mis pequeños), no me olviden y si me necesitan vuelvan sin dudarlo.

Abelardo preparó una deliciosa cena para Luisa, y no pararon de hablar ni un momento, sobre todo, de su amor que florecía minuto a minuto. Sus afinidades eran armoniosamente complementarias.

A Luisa le gustaban mucho los mapas pero como no podían alejarse hicieron viajes imaginarios por el mundo entero.



Se leían el uno al otro sus libros favoritos y se mostraban sus mundos secretos.

Cierto día, al mirar una pintura de Adán y Eva, Luisa dijo:

—En vez de manzanas, el pintor quizá debió poner unas papas. Además, “papa” en francés se dice pomme de terre (manzana de tierra); hubiera quedado más armonioso, ¿no te parece?



—Mi bella Luisa, ¡qué ideas tan originales tienes!

Dormían tan juntos que por las mañanas sus brotes se confundían unos con otros. Se daban cuenta con mayor certeza de que su final papil se aproximaba.

El mundo que antes era blanco y negro se volvió a color. En la casa de las papas siempre había flores, y se hacían sencillos regalos el uno al otro. Abelardo, que era ya un avanzado



alquimista a fuerza de buscar las quimeras ajenas, creó para Luisa un perfume con olor a papel nuevo y tinta, y ella le dio una linda bufanda para que la humedad no le hiciera toser.

Le pidieron a Madame Sabina que, llegado el momento, los enterrara juntos en su jardín. Tristemente, ese día llegó. Cansados y tomados de la mano, se dirigieron al hermoso lugar de su primer encuentro, donde la buena mujer les había preparado un lecho de tierra suave y tibia.



La Luna estaba llena y así pudieron ver el rostro el uno del otro por última vez.

—La Luna te embellece, amada mía.

—Y tus ojos jamás han sido más tristes, Abelardo.

Se acurrucaron, uno muy cerquita del otro, como siempre hacían, y cerraron sus ojitos a la luz y a la incertidumbre de esta tierra.

Madame Sabina los cubrió de tierra a la mañana siguiente, sin poder evitar derramar unas lágrimas por Luisa Parisina y Abelardo Tuberosum. Colocó unas flores sobre la pequeña lápida y se fue al mercado, pues eso siempre ayuda a sentirse un poco mejor.

La muerte, como el amor, la vida y los regalos, nunca deja de ser sorpresa. Y como los amores verdaderos siempre dan fruto, una mañana la mujer encontró una planta de papa sobre el entierro de sus amigos; esperó a que el nuevo tubérculo madurara para sacarlo de la tierra.

Y así fue. Se llenó de alegría cuando vio que el pequeño tenía la misma nariz de su padre y los coquetos ojos de su madre.



—Buenos días, abuela, ¿quién es usted y quién soy yo?

—*Oh lalà, une petite pomme de terre! Comme es-tu sympa!* (¡Oh, una pequeña papa!, ¡qué gracioso eres!) Tan dulce y educado como tus padres. Es una historia muy larga que poco a poco te contaré. Pero ahora debemos ponerte un nombre. *Alors...* (ahora...) te llamaré... Papino Joaquino, ¿te gusta?

—Si le gusta a usted, también a mí. Siento un poco de apetito y algo de sed, ¿tendrá algo de comer, por favor?

—Por supuesto, *petit* (pequeño), te daré unos terrones fortificados para tu crecimiento óptimo y té de jengibre, el favorito de tu madre. Entremos a casa, mi niño, que hay mucho por hablar.

El carrito del hilo de la vida se sigue desenredando y quién sabe qué aventuras correrá Papino ahora. Por lo pronto, lo dejamos aquí creciendo al lado de alguien que lo querrá y cuidará como se debe cuidar a los pequeños.

Por cierto, Don Balthuz (mejor dicho, Baltazar) no quiso saber nada más de la alquimia; pero no perdió la costumbre de hablar en latín, razón por la cual abandonó el mercado para dar clases en la Universidad.

Allí conoció a una maestra de química que se enamoró perdidamente de él. Por las mañanas le sirve amorosamente el café en un matraz. Tal vez algún día vuelva a sus experimentos, aunque el más grande y mágico es el amor.







SECRETARÍA DE CULTURA

Alejandra Frausto Guerrero

SECRETARIA DE CULTURA

Natalia Toledo Paz

SUBSECRETARIA DE DIVERSIDAD CULTURAL Y
FOMENTO A LA LECTURA

Marina Núñez Bepalova

SUBSECRETARIA DE DESARROLLO CULTURAL

Omar Monroy Rodríguez

TITULAR DE LA UNIDAD DE ADMINISTRACIÓN Y FINANZAS

Esther Hernández Torres

DIRECTORA GENERAL DE VINCULACIÓN CULTURAL

Jesús Antonio Rodríguez Aguirre

COORDINADOR NACIONAL DE DESARROLLO CULTURAL INFANTIL

Esta primera edición de *Abelardo Tuberosum. Una papa ilustrada*, escrito e ilustrado por Ángela Aldama Sánchez, se terminó de imprimir en el mes de noviembre de 2020 en los talleres de Ediciones Corunda S.A. de C. V.
El tiraje fue de mil ejemplares.



narrativa

A raíz de un extraño experimento, una papa es dotada de inteligencia. Ante lo que parece un fracaso de la ciencia, el tubérculo es puesto a la venta en el mercado y ahí es interceptado por Don Balta, el tendero de las semillas y alquimista aficionado, que lo escucha gritar suavemente después de que una compradora lo deja caer por descuido.

Don Balta se la lleva a su casa. La coloca en una maceta y, para su sorpresa, después de unos días la papita abre los ojos...

Colección Alas de Lagartija

Esta publicación es de distribución gratuita, ajena a cualquier partido político, queda prohibida su venta.



CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

DIRECCIÓN GENERAL
VINCULACIÓN CULTURAL

alas  raíces